

Capítulo 5: El otro enemigo

El desierto parecía igual de vasto que el firmamento. Mirar hacia delante era observar como dos colores, azul celeste y amarillo crema, chocaban en una línea inmóvil que los contenía: el horizonte. Empezaba a acostumbrarse a ese lienzo constante que era el paisaje de sus últimos días.

Había pasado un mes desde sus desastrosos esponsales. Y dos semanas desde que la jefa de los escarabajos, Rudi, los obligara a acompañarla en todas sus excursiones. Cuatro cabras, doce camellos de montar, cuatro de carga y víveres de sobra para aguantar dos semanas si hiciera falta. Aquella no era una simple misión de saqueo de caravanas.

– Llevamos más de cuatro días errando por las dunas –se quejó Boris–. Dijiste que las rutas estaban a dos o cuatro días.

– Esta vez no vamos a cortar una ruta comercial –explicó Rudi, con una sonrisa traviesa–. Vamos a Val’Lacq.

– ¿Val’Lacq? –repitió Akun.

La ciudad más rica y próspera del Oeste de Mohad, a orillas del lago occidental más grande y a equidistancia de las dos únicas cadenas montañosas que le quedaban al territorio tras la pérdida de los Mil Reinos y la secesión de Mareas Rotas.

– ¿Y qué haremos allí, jefa?

Akun ya empezaba a entender como funcionaban los escarabajos. La cadena de mando era muy simple: Rudi era a quien todos llamaban jefa, y Romain, el que le había despertado en el desierto, con su turbante verde oscuro, era el segundo al mando. Todos los demás eran reclutas, y su peso en la organización terrorista iba conforme a su veteranía y sus logros. El que se meaba en las rocas era considerado como veterano, pues le adjudicaban trabajos de importancia, mientras que Pierre... Bueno, por lo menos sabía hablar y montar medianamente bien.

– Tú, nada. Te quedarás con los camellos tras la Roca del Dingo, esperando a que volvamos.

– ¡Sí, jefa! –no parecía disgustado en absoluto.

Y así lo hizo. La Roca del Dingo era en realidad un conjunto de piedras de arenisca agujereadas y de formas extrañas. Tenían agarres por todas partes conque era fácil subirse a ellas e incluso servirse de sus oquedades como habitáculo para pasar la noche. Nada garantizaba que un escorpión no pudiera subir a visitar al durmiente, o peor, una serpiente de esas cuya cola emite un sonido de cascabel, avisando de que la muerte pasea cerca.

Akun ya había visitado Val’Lacq de pequeño, cuando sus padres fueron invitados a la boda del hombre más rico del Oeste, el gran duque Alain Val’Detignes. “El destino de Mohad depende de las bodas, hijo”, le solía decir su padre. Y también que las bodas eran la ocasión ideal para evaluar a sus oponentes, sobre todo a aquellos que la celebraban. Y Alain Val’Detignes era un rival de los más ricos y astutos.

– ¿Vais a matar al duque Alain? –preguntó Akun.

– ¿Matar al hombre que nos ayudó a acabar con los Val'Dore? ¿Al que nos facilitó los planos de la residencia real de Costazul? ¿Al que nos vendió las lágrimas de cascabel? ¡Esa es buena! –se rio Romain.

– No tan buena –comentó Rudi que miraba al frente ensimismada–. No tan buena.

Tras dejar a Pierre, Boris y a otros dos hombres en la Roca del Dingo a cargo de todos los camellos y los víveres, Akun y los otros siete escarabajos partieron hacia la ciudad amurallada que aparecía en lontananza.

– Romain, Sand, conmigo –dijo la jefa mientras mascaba la hoja de betel que le teñía la boca de rojo–. Los demás, entrad dentro de un rato, dos y dos, y colocaros en mesas opuestas, lo suficientemente alejados de nosotros para que nadie sospeche, pero lo bastante cerca como para actuar si fuera necesario.

Todos asintieron y Romain se desmarcó al instante, pero Akun no se dio por aludido. La jefa miró hacia atrás y al ver que solo la seguía uno de sus hombros volvió a gritar.

– ¡Sand! ¡Condenado novato! ¿Es que se te han metido gusanos en las orejas?

Estaba anonadado examinando los alrededores, con un rictus de horror que se había olvidado de ocultar. Recordó aquella vez que visitó los arrabales de Val'Monde, de pequeño, y creyó que jamás volvería a pasar por aquella experiencia de nuevo. Pero ahí estaba, embobado, frente a frente con la pobreza.

– ¡Sand! –rugió Romain–. ¡Como no vengas ahora mismo te entierro esa cabeza de chorlito en un saco de mierda de camello!

Entonces se acordó que aquel era el nombre falso que les había dado. Todavía no lograba acostumbrarse a recibir las órdenes. Pero iba mejorando. Agachó la cabeza para parecer arrepentido y se adentró en destartalado edificio que tenían delante, cuya blanca fachada ya no era más que un recuerdo que había dejado lugar a la humedad y la mugre.

El interior era algo más grato, aunque jamás se habría imaginado que algún día entraría en un lugar que despidiera una peste semejante. La fonda se componía de seis hileras de largas mesas de madera con un corte en el medio, haciendo así doce mesas separadas. Las banquetas, igualmente divididas, parecían de lo más incómodas. Y los comensales eran... bueno, la mayoría no usaba cubiertos, y la minoría los hacía chirriar en sus platos.

Romain se encargó de la comida y trajo una hogaza de pan de centeno y una olla de sopa de ajo de la que cada uno se sirvió en escudillas.

– En breves llegarán dos personas con las que tenemos que negociar –Rudi se giró hacia Akun–. Sand, tú fuiste usurero, por eso estás aquí. Negociar. ¿Entiendes?

Akun asintió, tratando de que no se lo notara lo nervioso que estaba. A continuación Romain acercó la honda cazuela de estofado y siguieron comiendo. Hasta que por fin llegaron los susodichos.

– Que aproveche, señores. Y señora. Nos han dicho que aquí servían escarabajos fritos, ¿los habéis probado? –eran dos tipos flacos, uno bajo y otro alto. Ambos tenían la tez morena, pero

sin llegar a ser tostados como ellos, y sus ojos parecían estar más cerrados que abiertos. Gentes de Suna.

– Los escarabajos son más escurridizos de lo creen y por eso se están encareciendo –replicó Rudi con una sonrisa aviesa en los labios–. Las posadas ya no se los pueden permitir, y menos un local de mala muerte como éste. Parece que ahora están cazando más escorpiones. Les invito a probarlos, su veneno es exquisito.

– Sentaos, por favor, no seáis tímidos –instó Romain haciendo el correspondiente ademán con una mano–. Seguro que tenéis hambre.

– Desde luego que sí –admitió el más alto al tiempo que se sentaba sobre la banqueta, al lado de Romain y enfrente de Akun. El otro se tuvo que conformar con un taburete, presidiendo la mesa–. El viaje desde Visna ha sido largo y tedioso. El Emperador nos ha facilitado alojamiento en Brahmana, con la intención de ahondar en nuestra cooperación y simplificar... futuros encuentros.

– Bien. Estamos deseosos por reforzar nuestros lazos con el Emperador... Y de agrandar nuestro arsenal.

– No me cabe la más mínima duda. Pero antes... convendría saber si nuestros intereses siguen tan bien alineados. ¿Les parece?

– Ajá. El Emperador quiere debilitar a Mohad, y nosotros queremos acabar con los monarcas.

– Los monarcas. Redal Val'Dargant y Marie Val'Detignes, la hija del mismísimo duque Alain, que gobierna esta ciudad.

– Exacto. Ellos también caerán.

– No es exactamente lo que desea el Emperador Samprati Tercero –opuso el bajito mientras vertía estofado en su escudilla, y que hablaba por primera vez–. De hecho, creo que hasta le dolería en lo más hondo del corazón si la dulce Marie acabara degollada.

Rudi y Romain cruzaron una fugaz mirada de circunstancias. Akun se escurría en su silla sin saber muy bien cuando empezarían las negociaciones en las que su opinión resultara de alguna utilidad. Desde luego, si se trataba de opinar, él estaba de acuerdo con ahorcar a los monarcas, por traidores, pero no en debilitar a Mohad.

– Entonces... ¿no nos van a apoyar en nuestra... tarea?

– Nos encantaría apoyaros, desde luego. Ya conocéis la pureza de nuestro oro y lo afilado de nuestro acero. Además, el Emperador desea que ampliéis vuestras filas.

– ¿Hombres? –preguntó Romain.

– Y mujeres –confirmó el alto emisario con la boca llena–. Los mismos que abandona Mohad en vuestras arenas. El Emperador piensa que, si os envía a sus... mhh... ciudadanos más traviesos, quizá vosotros podáis sacarles mejor provecho. E incluso darles la oportunidad de redimirse. Luchando en nombre del Emperador, en tierras hostiles, contra nuestro común enemigo, por supuesto.

– Queréis mandarnos a vuestros despojos. Ladrones, bandidos y enfermos mentales... escoria –Rudi se paró a pensarlo un instante al tiempo que jugaba con una de sus negras rastas–. Eso solo nos traerá problemas.

– Los problemas los tendréis si no aceptáis la oferta. Sabed que estamos al tanto de que un nuevo grupo insurgente está creciendo en vuestro desierto. Los Escorpiones, ¿verdad Ranjit? – el bajito lo corroboró asintiendo con la cabeza–. Y claro, si vosotros no queréis aceptar a nuestros... hum... guerreros, puede que ellos lo hagan. Y cuando os superen en número, con las armas y el oro de Suna, es posible que... Bueno, no creo que os convenga tener otro enemigo.

– Entiendo –terció Rudi, pensativa–. Si nos enviáis a vuestra morrala humana, más vale que todos vengan con carretas llenas de oro y acero. De lo contrario, lo único que haremos será regar nuestras palmeras con su sangre.

– En eso mismo estaba pensando yo. Oro, acero y hombres. ¿Qué más necesita un ejército?

– Muchas más cosas –masculló Romain–, y más en un desierto como el nuestro.

– Por supuesto –convino el emisario–, y estoy seguro de que sabréis haceros con ellas. En cualquier caso, al Emperador le preocupa que el inminente ejercito de la arena que vais a formar pueda... actuar en contra de sus intereses. Ya sabéis, son cosas que pasan, incluso de forma accidental. Por eso mandará a un hombre de confianza. Un observador imperial.

Rudi pegó un bufido y Romain se atragantó, de tal forma que el morapio le entró por el canal incorrecto y acabó con lágrimas en los ojos y expulsando gotitas de vino por la nariz.

– Injerencia –susurró Rudi–. ¿Pero si no queréis que acabemos con los monarcas, para qué formar un ejército?

– Son los deseos del Emperador Samprati Tercero –el mensajero se encogió de hombros–. Limitaros a saquear todas las caravanas que podáis. Acercaros a las ciudades de vez en cuando para dar algún que otro susto a los nobles barones y algún conde de pacotilla, pero ninguna figura de importancia. Robad las cosechas, aunque eso ya lo hacéis por supervivencia. Cuando seáis más, los robos serán mayores y las consecuencias para Mohad serán mayores, creando el efecto deseado. En fin, es vuestro oficio, vosotros sabéis de que trata mejor que yo. Pero nada de tocar a la familia Val'Detignes, ni a los monarcas del momento. ¿Entendido?

– No. Yo solo entiendo un lenguaje, el del oro. Nos estáis pidiendo que renunciemos a aquello para lo que fuimos creados. Eso tiene un precio. Uno muy alto –explicó la jefa de los escarabajos, y acto seguido se giró hacia Akun, indicándole así que había llegado su momento.

– Diez solares de oro por persona que nos enviéis –exigió Akun, otorgándose un aire regio alzando la cabeza con excesiva dignidad.

– ¿Diez? Por Limeres, el Emperador desea que os sintáis a gusto con esta prometedora relación –rio el emisario–. ¡Que sean veinte!

Akun sintió el peso de la furiosa mirada de Rudi y ni siquiera se atrevió a mirarla. Se suponía que era usurero, y había pedido tan poco que hasta los inversores se habían mofado. La cifra no pudo más que sorprenderle. O bien Suna no pensaba mandar demasiados hombres para engrosar las filas de los escarabajos, o bien tenían mucho más oro que el mismísimo reino de Mohad.